

**EL CERRO DE LOS SANTOS (ALBACETE)
EXCAVACIONES DESDE 1977 A 1981**

Por Teresa CHAPA BRUNET*

Introducción

Nuestro interés por el estudio de la Cultura ibérica en general y de la estatuaria en piedra en particular nos hizo plantearnos un análisis a largo plazo de la misma, y para ello necesitábamos conocer en profundidad al menos algunos de los yacimientos en los que aparecía. Revisando los numerosos hallazgos de esculturas fué fácil deducir que los lugares en los que solían encontrarse éstas respondían a dos finalidades: una de ellas era la funeraria, correspondiendo a la decoración simbólica de las tumbas. Otra era la cultural, localizándose en los santuarios en los que se veneraba especialmente a una divinidad.

Aunque las estatuas de cualquiera de los dos tipos conservadas en los Museos son muy numerosas, lo cierto es que se sabe poco acerca del contexto arqueológico al que pertenecieron. La mayoría proceden de hallazgos casuales, y las pocas que surgen en excavaciones sistemáticas aparecen removidas de sus lugares de origen, al haber sido reaprovechadas ya en época ibérica para servir como material constructivo en estructuras más recientes. Este hecho permitió deducir que el desarrollo de la mayor parte de las tallas ibéricas —al menos en contextos funerarios— se produjo en un primer momento de esta cultura, pero no aclaraba su cronología concreta ni su finalidad, por hallarse separadas del material arqueológico que les correspondía.

Sin embargo, ciertos trabajos de campo en diversos puntos del área ibérica, y el análisis iconográfico de la estatuaria ligada al mundo funerario nos habían dado las claves principales para la interpretación, tanto funcional como significativa, de la misma. Nos quedaba entonces descolgada la escultura ligada a los santuarios, más escasa —o, mejor dicho, menos exten-

* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. Madrid.

dida—, y absolutamente falta de un contexto arqueológico que pudiera servir de punto de referencia para su correcta valoración.

Ciertamente, los santuarios ibéricos conocidos no son muchos, pero aún son menos los que han proporcionado esculturas en piedra. Salvo en El Cigarralejo (E. CUADRADO, 1950), donde las tallas, casi siempre representando caballos, son de pequeño tamaño, o un fragmento de león procedente del Castellar de Santisteban (Jaén) (R. LANTIER, 1917, p. 101, Lám. XX-XII. 3), así como de nuevas pequeñas esculturas de equinos halladas en un lugar aún no determinado de Granada (P. RODRIGUEZ OLIVA, 1983), la mayoría de los santuarios han proporcionado exvotos de bronce —Collado de los Jardines, Castellar de Santisteban en Jaén, La Luz en Murcia— o de barro —La Serreta de Alcoy en Alicante—, siempre de reducidas dimensiones.

Nos queda por tanto, como caso único, el santuario del Cerro de los Santos, en el que se depositaron más de un centenar de esculturas humanas de buen tamaño, talladas en la piedra caliza local, así como pequeñas representaciones equinas semejantes a las del santuario murciano del Cigarralejo. Resultaba pues tentador conocer el desarrollo de la estatuaria ibérica en piedra fuera del ámbito funerario a través de este privilegiado yacimiento, que congregó un día alrededor suyo a la más variada gama de devotos, así como a los talleres escultóricos nacidos para satisfacer sus necesidades.

Tanto las excavaciones como los expolios continuos a los que se había visto sometido el yacimiento nos impedían forjarnos demasiadas ilusiones respecto a la fecundidad de nuestros hallazgos. Sin embargo, dado que lo que pretendíamos era buscar un *contexto* para las esculturas y no acumular más ejemplares, no nos desanimó la aparente exigüedad de restos del lugar, ya que cualquier indicio —cerámico, metálico, etc.—, por fragmentado que estuviera, podría ayudarnos en nuestra labor.

Trabajos desarrollados en el santuario hasta 1977

La historia de las excavaciones realizadas en este yacimiento es muy larga, y merece ser analizada con mucho más detenimiento del que podemos dedicarle en el presente trabajo. Nos limitaremos, por tanto, a dar un resumen muy breve de las mismas, resaltando aquellos aspectos que nos puedan ayudar a complementar los datos obtenidos en nuestras campañas. Una relación más completa de este tema puede encontrarse en A. FERNANDEZ DE AVILES (1949, 1966) y T. CHAPA (1981, pp. 150-154).

Aunque el topónimo, que muestra a las claras la importancia arqueológica del lugar, estaba ya en uso al menos en el s. XIV, lo cierto es que no existió una unión consciente entre el nombre y el contenido hasta que hacia

1830 una tala de la vegetación permitió que la acción erosiva del viento y el agua pusiera al descubierto tanto los cimientos del santuario como numerosas esculturas. Sin embargo, sólo treinta años más tarde se dio aviso a las autoridades competentes de su existencia, tardando los delegados del Museo Arqueológico Nacional todavía un decenio en llegar al lugar. En este largo lapso de tiempo se llevaron a cabo numerosos trabajos, entre los que se cuentan principalmente los de Vicente Amat y los PP. Escolapios de Yecla. Tras efectuar nuevamente excavaciones y comprar esculturas a la gente de los alrededores y al sr. Amat, quedó formada la colección del Museo madrileño, que es hoy en día la más numerosa y escogida de cuantas se nutren con material del yacimiento. Entre las piezas adquiridas se encuentra una larga serie de falsificaciones, totales o parciales, que el sr. Amat realizó para poder seguir vendiendo el «material» cuando le fue impedida la continuación de sus excavaciones en el Cerro. Ciertos arqueólogos enviados por Francia, a fines de siglo, como A. Engel, y las campañas efectuadas por D. Julián Zuazo, propietario del lugar, en los inicios del s. XX, terminaron aparentemente con la fertilidad del yacimiento, ya que cuando en 1910 P. Paris publica sus reportajes arqueológicos sobre España, nos habla de un cerro casi totalmente agotado.

Sin embargo, una visita al santuario del Dr. Nieto, entonces Director de Bellas Artes, permitió recuperar nuevas esculturas, lo que provocó la reapertura de las excavaciones, a cargo esta vez de D. Joaquín Sánchez Jiménez, Director del Museo de Albacete, y de D. Augusto Fernández de Avilés, funcionario del Museo Arqueológico Nacional y con una Tesis Doctoral en elaboración sobre este yacimiento que nunca llegó a terminar. Gracias a estos trabajos se ordenó todo el conocimiento anterior sobre este tema, y se ampliaron considerablemente las colecciones del Museo de Albacete, dados los excelentes resultados de sus campañas de 1962 y 1963 (A. FERNANDEZ DE AVILES, 1965, 1966). La muerte de ambos estudiosos en un lapso relativamente corto de tiempo dio al traste con estas investigaciones, que nosotros quisimos continuar, ya que, como ellos mismos afirmaban, muchos de los problemas que planteaba este yacimiento estaban aún sin resolver.

Localización y descripción del yacimiento al comienzo de nuestras excavaciones

El Cerro de los Santos (Lam. I.1) es una pequeña elevación del terreno correspondiente a una serie de crestas calizas que flanquean los aluviones cuaternarios de la denominada «rambla» o «cañada de Yecla». Se sitúa a ocho kilómetros de Montealegre del Castillo por el camino que se dirige a aquella localidad murciana, y está muy próximo al Monte Arabí, famoso por sus pinturas rupestres levantinas. Un obelisco erigido en 1929 conmemora

el lugar, no conociéndose en áreas inmediatas ningún asentamiento ibérico; sólo un cerro vecino contiene restos de la Edad del Bronce, siendo por el contrario bastante frecuentes los vestigios romanos, localizados en el llano.

La superficie del Cerro deja ver alrededor del obelisco la roca madre, sin que se conserve sedimento alguno, ni mucho menos los sillares que conformaban la base del santuario, aún fotografiados por P. PARIS (1903, fig. 3.5). En la base del obelisco se conservan, sin embargo, bloques tallados que bien pudieran corresponder a aquéllos. Las vertientes este, oeste y norte mantienen algo de tierra, siempre removida y que termina fundiéndose con el aporte de la rambla. Por último, tras una breve y suave bajada, el Cerro vuelve a remontarse hacia el sur terminando en un escarpe sobre un entrante de la rambla, que rodea prácticamente el yacimiento. Este escarpe se prolonga hacia el oeste, y el escaso grosor de su sedimento se ve afectado por surcos que, en dirección norte-sur, fueron realizados con la intención de repoblar el lugar con pinos.

Las excavaciones primitivas se centraron sobre la superficie central del Cerro, es decir, la zona en la que se asentaba el santuario y áreas adyacentes. Sin embargo, la vertiente norte aún proporcionó gran número de piezas escultóricas en los trabajos de los años 1962-1963. Aún son visibles las catas realizadas por los srs. Fernández de Avilés y Sánchez Jiménez, aunque la erosión y las rebuscas de los clandestinos habían deformado considerablemente la morfología del terreno. También pudo distinguirse la presencia del testigo de 4 m. de anchura dejado por los excavadores entre las zonas levantadas de la vertiente norte, si bien en 1977 apenas superaba los 3 m.

Resultado de nuestros trabajos

Visto el panorama escasamente atractivo del yacimiento al comenzar nuestros trabajos, decidimos no aventurarnos en áreas nuevas sin efectuar un control de las anteriormente excavadas, para comprobar su estado y las posibilidades que ofrecían. En ellas se centraron cuatro de nuestras catas, las denominadas con los números 1, 2, 3 y 5. Algo antes de iniciar esta última, y conociendo el resultado de las catas previas, localizamos dos más, las n.º 4 y 6, en la zona sur del santuario, zonas no excavadas o al menos no registradas en las operaciones precedentes. Nuestros trabajos se han ido realizando en los veranos de 1977, 1979, 1981, debiéndose el lapso entre una y otra campaña a la falta de presupuesto o al retraso en la llegada del mismo. Realizaremos una breve descripción de sus características y de los materiales en ellas encontrados.

Cata 1

Fue el centro de la campaña de 1977, completándose en 1979. Los primeros resultados han sido ya dados a conocer (T. CHAPA, 1980), por lo que no insistiremos demasiado sobre ellos. Se situó en la vertiente norte del Cerro, aprovechando el testigo dejado por A. Fernández de Avilés y J. Sánchez Jiménez, sin llegar a agotarlo por completo. La primera cata tuvo un tamaño de 2 × 2 metros, ampliándose más tarde 1 metro por sus lados norte y este, y prolongándose esta última zanja 2 metros más hacia el sur. En 1979 este último corte se había visto afectado por la pertinaz labor de los excavadores clandestinos, por lo que decidimos regularizarlo y continuar la zanja hasta el límite de la rambla, con una anchura de 1,50 metros y una longitud de 11,50 metros.

La estratigrafía varía según los sectores, ya que la zona más próxima al Cerro se asienta sobre la caliza del mismo, mientras que hacia el norte queda ya inmersa en los aluviones de la rambla. Además del nivel de superficie o vegetal, se aprecia en el área junto al Cerro un primer nivel (nivel 1) de color pardo claro, con un espesor de 10 a 20 cms., asentado sobre el segundo (nivel 2), de coloración más oscura. Ambos se encuentran formados por tierra revuelta con piedras, cantos rodados y material arqueológico. Más al norte, y conforme desciende la pendiente, los estratos se adelgazan para dar paso a la fina arcilla rojiza depositada por las avenidas del agua y de la rambla, que colmatan el valle (nivel 3).

El material arqueológico se encuentra revuelto y muy fragmentado. Consta de los tipos más frecuentes en el santuario, como son las cerámicas ibéricas pintadas a base de bandas horizontales, rectángulos, meandros, roleos, etc. Aparecen igualmente numerosos restos de cerámica gris, a veces decorada con motivos en SSS sobre el arranque del cuello. Pertenecen a menudo a vasos de borde exvasado y pie diferenciado de dimensiones muy reducidas. Hay igualmente indicios de oinochoes ibéricos decorados mediante impresiones terminadas en palmetas, un tipo representado en yacimientos próximos, como Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) (J. MOLINA GARCIA et alii, 1976, figs. 28-30). Entre el material importado destacan fragmentos de cerámicas áticas del s. IV a. JC. así como una base de Campaniense A. Completan los restos cerámicos diversos pondus y fustayolas bitroncocónicas, junto a recipientes ovalados o rectangulares, y ladrillos romboidales pertenecientes a un pavimento. El metal se limita a algunas chapas y clavos de hierro mal conservados, y a restos más abundantes de bronce. Entre ellos merecen citarse las fibulas, siempre del tipo anular hispánico, y los anillos (Fig. 3.5), conservándose también varillas incompletas, cilíndricas o aplanadas. Debe mencionarse la aparición en la

zona de arcilla de un As de Carthago Nova con la efigie de Tiberio en el anverso, y las de Druso y Nerón en el reverso (Fig. 3.4).

Los restos escultóricos son muy escasos, casi todos fragmentos en los que se aprecian molduras atribuibles quizás a los pliegues del vestido de alguna estatua o a restos de sus bases. Hay que destacar, sin embargo, la presencia de una cabeza femenina, con su mitad derecha fracturada. Se aprecian aún restos de la nariz, un ojo abultado limitado por gruesos párpados, y el velo, del que sobresale una oreja alargada, en posición quizás forzada por un pendiente que no se nos ha conservado.

Cata 2

Se situó en dirección N-S, al pie de la vertiente oeste del Cerro, por donde se suponía que corría el acceso al santuario. Sus dimensiones fueron de 6,50 × 2 m., con una profundidad media de unos 80 cms., teniendo como base la roca caliza, algo descompuesta en sus capas superiores. Toda la tierra que lo componía estaba revuelta, al igual que en la cata anterior, si bien aquí la pobreza de material era más notoria, deduciéndose de ello que las antiguas labores de excavación fueron más exhaustivas.

Entre las escasas piezas recogidas destacan restos de vasos y platos, así como algún borde de ánfora romana. Igualmente hay un fragmento de recipiente rectangular de barro y restos de una pieza escultórica con molduras rectas y paralelas, quizás pliegues de alguna túnica. Se recuperaron también restos de un pavimento consistente en fragmentos cerámicos incrustados en argamasa.

Cata 3

Se localiza al norte de la anterior, y está trazada transversalmente a ella, es decir en dirección este-oeste. Sus dimensiones fueron de 6 × 2 metros, y su profundidad alcanzó 1,10 metros, si bien no se llegó a la base porque se trata del sedimento arcilloso rojizo propio de los aportes de la rambla, que alcanza un notable espesor. Como corresponde a este tipo de arrastres, el material arqueológico (Fig. 3.1-3) se encontraba disperso, sin que pudiera distinguirse una estratigrafía in situ. Entre los restos destacan, junto a las cerámicas habituales, una lasca sin retoque de sílex, un ladrillo romboidal, un anillo y diversas varillas de bronce, algunas teselas de mosaico y una cuenta agallonada de vidrio azul. Al igual que en el nivel 3 de la Cata 1, apareció una moneda, esta vez un As de Calagurris con cabeza laureada de Augusto en el anverso y un toro en el reverso, sobre el que se aplicó un resello triangular.

Cata 4

Fue abierta en la campaña de 1979, y continuada en la de 1981. Se situó en la pendiente ascendente que prolonga el cerro hacia el sur, lejos ya del santuario y a una altura superior al mismo. El primer año se abrieron tres sectores separados, uniéndose los dos primeros en una larga zanja de 6,50 × 2,50 metros, y manteniéndose el tercero al norte de los anteriores.

Se apreció en ellos un nivel superficial con numerosos restos de piedras procedentes de un derrumbe, mezcladas con tierra oscura. Estas piedras eran de tamaño pequeño —cascajo—, siendo muy escasas las que superaban los 50 cms. Su superficie estaba muy deteriorada, ya que estaban cubiertas únicamente por una delgadísima capa de tierra vegetal. Entre ellas se recogieron dos esculturas humanas fragmentadas, totalmente erosionadas en la cara externa y afortunadamente bien conservadas en la parte incrustada en el sedimento. Las dos representan a personajes masculinos. Uno de ellos (Fig. 1) conserva sólo el tronco, que lleva cubierto por una túnica en pico y un manto de manga corta cruzado sobre los hombros. Se aprecia aún el arranque de los brazos, ceñidos por brazaletes serpentiformes. La segunda pieza (Fig. 2) se encontraba algo fracturada, y en ella se reconoce la mitad inferior de una talla masculina. Aún se conserva la mano izquierda, en acto de sujetar el borde derecho del manto, que cae con pliegues complejos, indicándose bien las puntas de ambos lados. Son visibles los pies, cubiertos por zapatillas de tela o piel de costura central sobre el empeine. Una gruesa base sirve de apoyo a la figura. Ambas piezas responden a prototipos bien conocidos, tanto en este yacimiento como fuera de él, respondiendo la segunda a una posición tipificada en esculturas de piedra (A. GARCIA BELLIDO, 1954, fig. 429) al igual que en los exvotos de bronce (A. FERNANDEZ DE AVILES, 1966, fig. 4). Las cerámicas son las habituales, si bien se aprecia un marcado carácter tardío del conjunto, ya que incluyen restos de ánforas de época republicana.

Bajo este nivel superficial se situaba otro (nivel 1) compuesto por arcilla muy compacta, con apariencia de haber sido apisonada, tal era su solidez. En este nivel pudo apreciarse finalmente que el material que contenía estaba in situ, y no había sido removido como sucedía en las catas anteriores. Dada la composición del suelo, el material estaba en malas condiciones de conservación. El hierro prácticamente constituía una mancha en el sedimento, y sólo el bronce se mantenía en un estado aceptable. La fauna estaba muy fracturada, y la cerámica presentaba una fuerte concreción caliza que absorbía la pintura.

A pesar de las adversas condiciones de mantenimiento se recogieron numerosos restos cerámicos (Fig. 3.7, 9-10), nuevamente con ánforas repu-

blicanas, recipientes ibéricos pintados, cerámica gris, etc. Destaca la presencia de motivos florales e incluso humanos en la decoración de la cerámica ibérica, siendo de resaltar un fragmento en el que se representa la lucha de dos guerreros, de los que sólo se conserva su mitad inferior. Calzan botas, y en uno de ellos aún se aprecia la parte inferior de lo que debieron ser los flecos de una lóriga. Entre ambos se sitúa la parte inferior de un escudo oblongo. El pie de un tercer personaje es aún apreciable en uno de los bordes del fragmento. Este, como otros, se encuadra plenamente en el estilo de la cerámica de Liria, donde se encuentran los mejores paralelos.

Acompañan a los restos cerámicos numerosos fragmentos metálicos, y si bien los objetos de hierro, abundantes, apenas se han podido interpretar por su ya citada mala conservación, sí merece citarse una fíbula de resorte bilateral y pie vuelto, perteneciente al grupo de La Tène I avanzado, coincidente ya con los tipos de La Tène II (Fig. 3.8). La fauna es también frecuente, constando de restos de caballo, ciervo, toro y cabras u ovejas. Sólo desentona en el aspecto cronológico el pie de una copa-skyphos ática de barniz negro, fechable en el s. IV a. JC. y decorada con palmetas en el interior de la base, que quizás deba interpretarse como la perduración de un objeto de lujo en un ambiente más tardío.

En el año 1981 se continuó en esta zona, ampliando hacia el norte las catas anteriores en los sectores conocidos como n.º 6 y 7, ambos de 3 × 2 metros. Los resultados de la excavación de estas áreas fueron los mismos, siendo aquí aún más evidente el derrumbe de piedras, que había afectado al sedimento arcilloso inferior, a pesar de su dureza. El material es de características similares al ya citado, destacando un kalathos con profusa decoración pintada a base de grupos de losanges estilizadas.

Los restantes sectores, n.º 4 y 5, se emplazaron al sur de los anteriores, ascendiendo algo más en la pendiente. El primero, de 3 × 2 metros, se prolongó posteriormente 2 metros más hacia el norte para unirse con el n.º 1. La capa arcillosa era aquí más potente, pero escaseaba comparativamente el material arqueológico, que sólo era frecuente en la zona más cercana a las catas previas. En su extremo sur se apreció una alineación de piedras en sentido este-oeste.

Es sector siguiente, n.º 5, continuaba el anterior salvando un testigo de 2 metros. Se descubrió en él un muro de piedras bastante irregulares, (Lan. I.2), también en dirección este-oeste, en el que destacaba un bloque rectangular de mayores dimensiones que las anteriores, algo desplazado hacia el interior y apoyado voluntariamente sobre rocas planas. En algunos poblados ibéricos como el de Jumilla, existen estructuras semejantes que sirvieron de apoyo a objetos como molinos de mano (J. MOLINA, comunicación perso-

nal). En nuestro caso al encontrarse en un nivel muy superficial no se ha conservado ningún indicio de este tipo. El sedimento de esta zona consiste en tierra vegetal y arcilla, apreciándose al llegar a la base rocosa que ésta había sido rebajada en algunos puntos, encontrándose los mismos rellenos de ceniza. Esto puede corresponder a postes o alguna otra estructura de madera que se hubiera descompuesto o quemado.

Al oeste del sector n.º 5 se amplió una nueva zona de excavación, ya que, como luego se comprobaría, el muro parecía formar una esquina. El centro de la cuadrícula coincidió con aquella, doblando la pared en ángulo recto en dirección norte-sur. Un nuevo muro de piedras surgía del anterior en dirección oeste. La parte oriental de la cuadrícula, incluida en el interior del muro presentaba características diversas a las de la zona externa, emplazada al sur. La parte interna consta de arcilla blanquecina en la que se distinguen restos de adobes amarillentos y con su interior oscurecido. Bajo este nivel se sitúa otro de coloración más oscura y mezclado con piedras pequeñas, siendo el material arqueológico muy escaso: pocos indicios de cerámica —restos pintados, fragmentos de ánforas— y de fauna —molar de caballo—. En la parte exterior se aprecia una tierra de color pardo oscuro mezclada con piedras, bajo la que se sitúa una capa gris, también pedregosa, con numerosos restos cerámicos y metálicos —punzón de bronce y elementos de hierro muy deteriorados, como una punta de lanza—, así como fauna.

Por último, y para comprobar la relación entre el muro del sector n.º 5 y el del sector n.º 4, se prolongó éste hacia el oeste mediante una pequeña zanja de 2,5 × 1,5 metros. Parece efectivamente el cierre de la habitación, si bien aquí la base del muro constaba de piedras de grandes dimensiones, con más de 50 cms. de lado, muy bien trabadas entre sí, al contrario de lo que ocurría en las otras estructuras.

Cata 5

Sólo con el fin de terminar nuestras comprobaciones en los alrededores inmediatos del antiguo santuario se abrió un pequeño sondeo de 2 × 1,50 metros en su vertiente oriental, apreciándose de nuevo el sedimento grisáceo y revuelto de las catas 1 y 2, asentado sobre la caliza de base. El material, aunque fragmentado, era abundante, destacando las cerámicas ibéricas pintadas, las grises con decoración de SSS, pequeños vasos acompañados y cuencos. Hay también fusayolas, ladrillos romboidales, restos de clavos de hierro, teselas blancas y grises de mosaico y el puente de una fíbula anular de bronce con rebordes acorazonados de un tipo frecuente en el mundo ibérico, como vemos por ejemplo en Baza (Granada) (F. PRESEDO, 1973, p. 177, fig. 11, n.º 1-3).

Cata 6

Se situó entre la cata 4 y el primitivo santuario, sin que resultara de más interés que las n.º 1, 2, 3 y 5. Sus dimensiones fueron de 3 × 3 metros, y estaba constituida, como aquéllas, de tierra revuelta, algo más dura en la base que en el techo, y con posibles restos de adobes muy destruidos entre la arcilla. El material consta de las consabidas cerámicas ibéricas pintadas y de algunos fragmentos de hierro, entre los que destaca el extremo de un soliferreum. Como las demás, se apoya en la base rocosa del Cerro.

Conclusiones

Este breve repaso a los nuevos hallazgos en el Cerro de los Santos nos permite comprobar que existen aún puertas abiertas para la interpretación del mismo. Cierto es que de la planta del primitivo santuario ya no queda vestigio alguno, al igual que del sedimento que pudo poseer la zona central del Cerro. Muchos de los restos que contuvo en su día aparecen caídos por sus vertientes este, norte y oeste, mezclados con todo tipo de materiales de cronologías diversas en una capa de tierra revuelta. Los materiales, entre los que se cuentan esculturas, cerámicas, metal, restos de pavimento, etc., no proporcionan más información cronológica de la que se pueda derivar de su propia fecha de fabricación, en el caso de elementos como las cerámicas importadas. Todas las excavaciones previas a nuestras campañas se han centrado en esas áreas, y si bien han obtenido excelentes colecciones de material escultórico, tanto por su número como por su calidad, lo cierto es que carecíamos de cualquier dato seguro para analizar el desarrollo de este lugar de culto, excepto la información intrínseca de cada pieza, analizada estilística o iconográficamente —trabajo que, por otra parte, aún no se ha llevado a cabo—.

Por su lado, la vaguada situada al norte del promontorio no proporciona sino restos de época romana, pertenecientes a antiguas «villae» asentadas allí cuando el santuario había dejado ya de funcionar. Aunque en fechas recientes aún se conservaban restos de cimientos de piedra, gran parte de los objetos que pudieron contener han sido barridos por el arado y las avenidas de agua propias de la rambla, que alcanza a inundar gran parte del valle (A. FERNANDEZ DE AVILES, 1966, Lám. IV). Algunos de estos materiales se encuentran dispersos por el Cerro, entre la arcilla arenosa que lo bordea por el norte, y que fue el objeto de nuestra cata 3.

En contraste con los niveles revueltos situados junto al promontorio central, la pendiente que termina por el sur en un escarpe proporcionó un nivel in situ. Consistía éste en una serie de dependencias rectangulares con

cimientos de piedra de dimensiones más o menos grandes. El material que contenían es de época ibérica muy reciente, empleándose ya ánforas republicanas, cerámicas ibéricas con decoración de figuras humanas y fíbulas de La Tène avanzadas. No falta tampoco la fauna, consistente en toro, ciervo, caballo y ovejas y/o cabras.

Sobre este nivel de ocupación se encontraban grandes acumulaciones de piedras procedentes sin duda de los derrumbes de las mismas habitaciones, rasando ya con la superficie erosiva. Entre este material se encontraron, caídos, dos fragmentos de esculturas de buen tamaño correspondientes a personajes masculinos. Dada su posición, y que ninguna talla escultórica se halla reutilizada en los muros a pesar de emplearse a veces en éstos piedras de buen tamaño, puede deducirse que estas piezas cayeron allí en el momento de la destrucción de estos edificios, que debe corresponder con el fin de la utilización a gran escala del santuario, en un momento no lejano al cambio de Era, aunque pudo haber perduraciones posteriores.

Si tenemos, pues, una fecha aproximada para el final de este nivel de ocupación, nos falta aún conocer cuándo se sitúan sus inicios, de los que no quedan apenas vestigios. En este sentido, se impone —y nos hemos propuesto realizarlo— un análisis detallado de la totalidad del material recogido en el Cerro de los Santos desde su descubrimiento, lo que resultaría enormemente fructífero no sólo para conocer con certeza la constitución y desarrollo del santuario, sino para valorar correctamente la escultura humana dentro del mundo ibérico, sus influencias, significado, evolución y contexto sociológico.

T. C. B.

Bibliografía

- CHAPA, T., 1980: «Nuevas excavaciones en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). Campaña de octubre de 1977». *Al-Basit. Revista del Instituto de Estudios Albacetenses* VI, n.º 7, pp. 81-111.
- CHAPA, T., 1981: «El Cerro de los Santos». *Historia* 16, Año VI, n.º 60, pp. 149-155.
- CUADRADO, E., 1950: «Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)». Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Informes y Memorias n.º 21. Madrid.
- FERNANDEZ DE AVILES, A., 1949: «Las primeras investigaciones en el Cerro de los Santos (1860-1870). Cuestiones de puntualización». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. XV, pp. 57-70.
- FERNANDEZ DE AVILES, A., 1965: «Excavaciones en el Cerro de los Santos

- (segunda campaña)». *Noticiario Arqueológico Hispánico VII* (1963), pp. 143-145.
- FERNANDEZ DE AVILES, A., 1966: «Cerro de los Santos. Montealegre del Castillo (Albacete). (Primera Campaña: 1962)». *Excavaciones Arqueológicas en España* 55. Madrid.
- GARCIA BELLIDO, A., 1954: «Arte Ibérico». En *Historia de España* dirigida por R. MENENDEZ PIDAL. Espasa Calpe. Madrid.
- LANTIER, R., 1917: «El Santuario ibérico de Castellar de Santisteban». *Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*. Madrid, 15.
- MOLINA GARCIA, J., C. MOLINA GUNDE y S. NORDSTROM, 1976: *Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*. S.I.P. Serie de Trabajos Varios n.º 52. Valencia.
- PARIS, P. 1903: «*Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne Primitive*». Paris, 2 vols.
- PRESEDO, F. 1973: «La Dama de Baza». *Trabajos de Prehistoria* 30, pp. 151-216.
- RODRIGUEZ OLIVA, P. et alii, 1983: «Exvotos ibéricos con relieves de équidos en la Vega Granadina». *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia, 1981), pp. 751-768. Zaragoza.

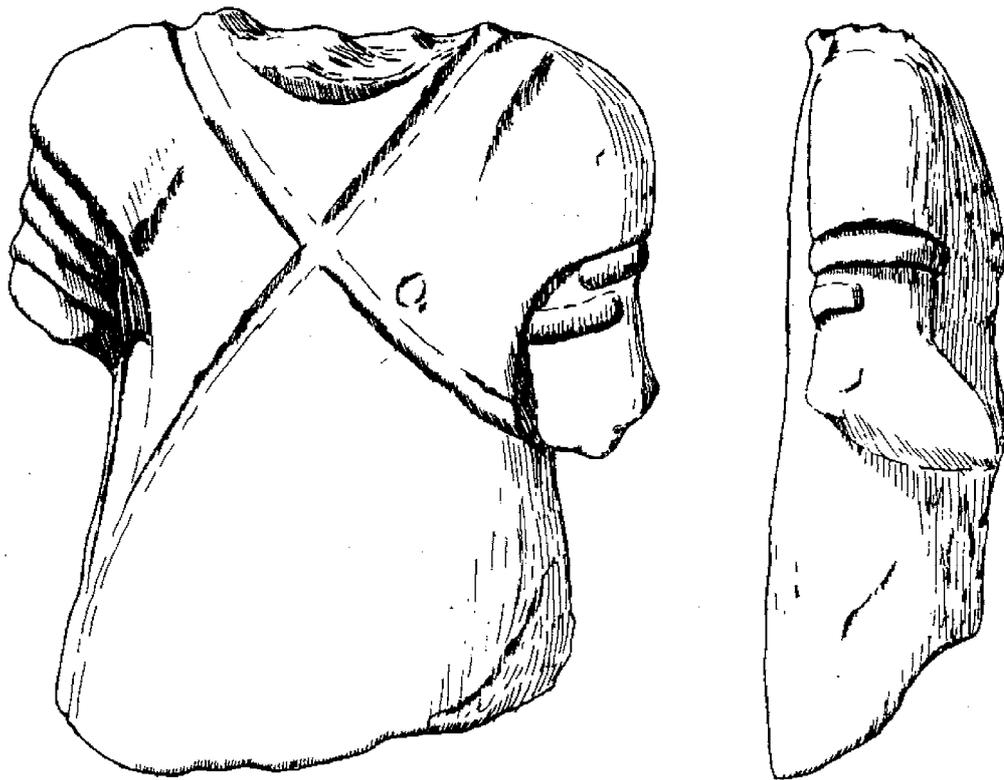


Figura 1. Escultura representando el tronco de un personaje masculino. Cata 4.

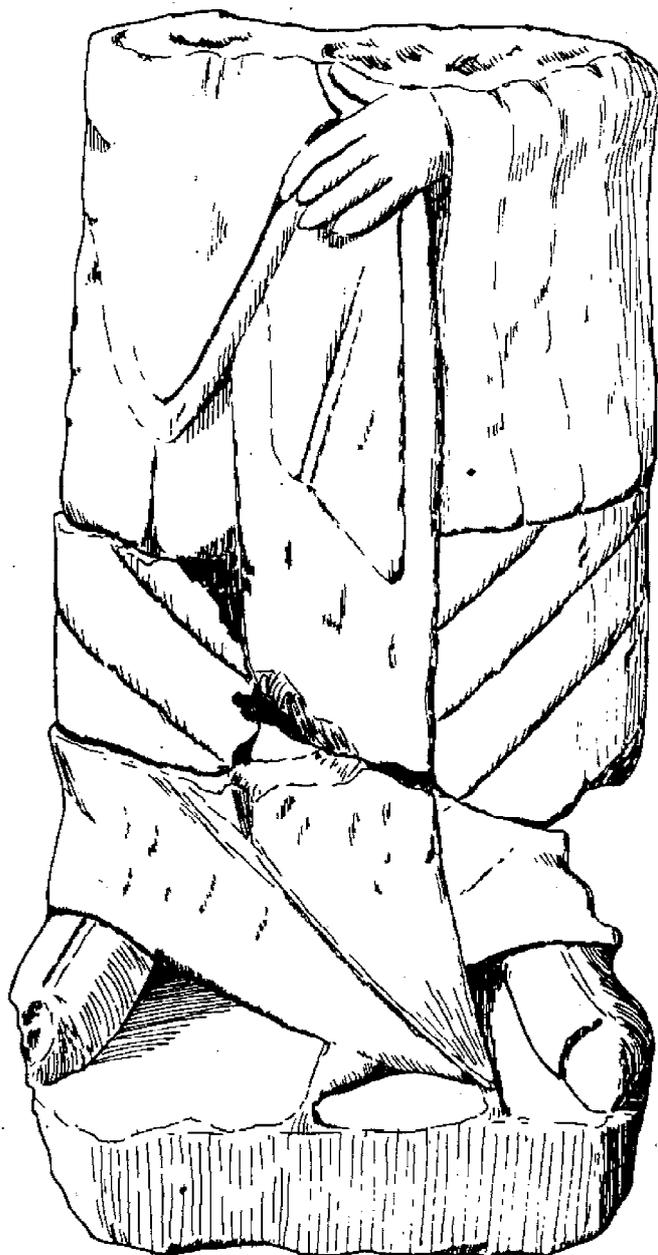


Figura 2. Escultura representando la mitad inferior de un personaje masculino. Cata 4.

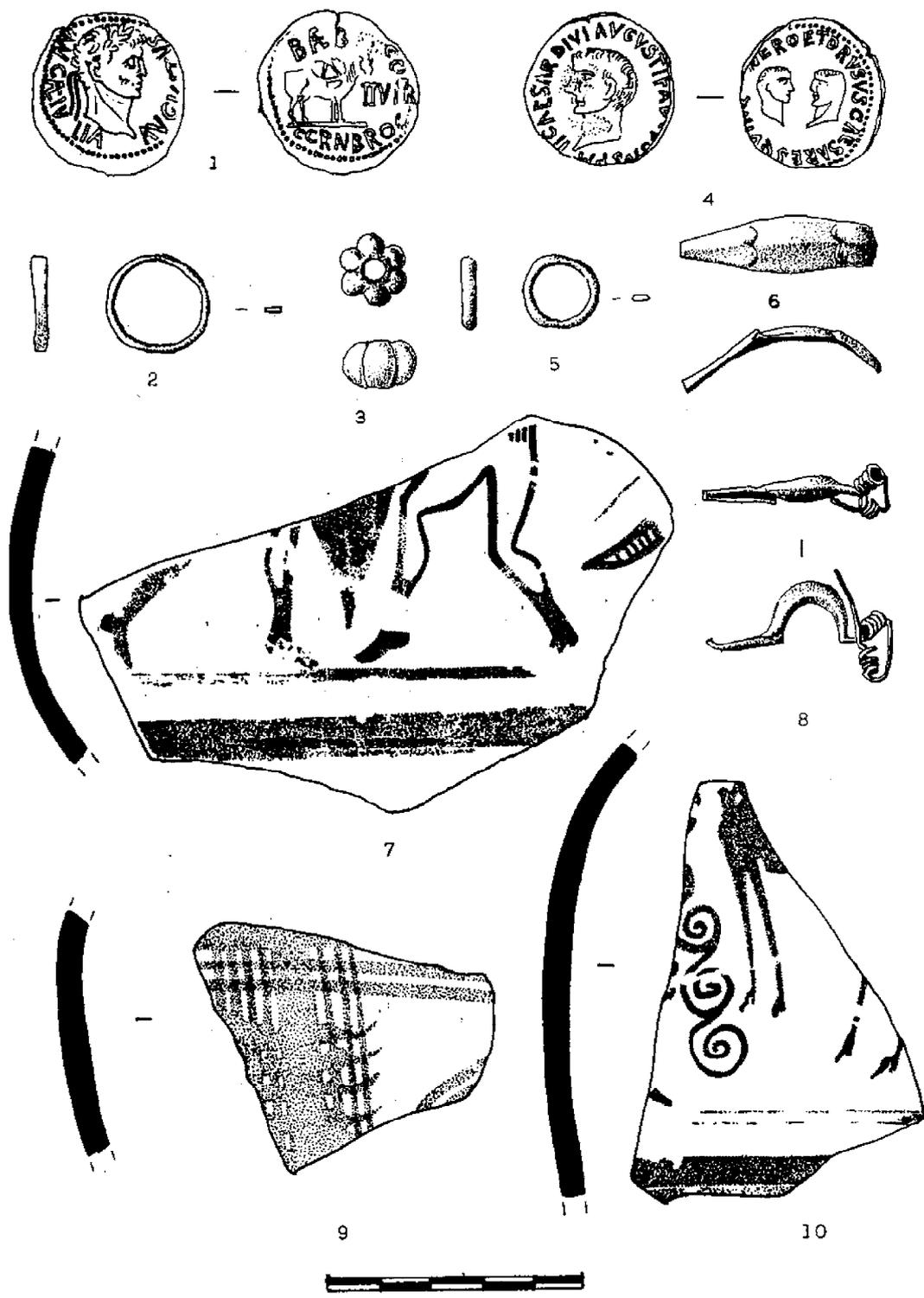


Figura 3. 1-3. Cata 3: Moneda, anillo de bronce y cuenta de vidrio; 4-5. Cata 1: Moneda y anillo de bronce; 6. Cata 5: Puente de fíbulo anular; 7-10. Cata 4: Fíbula y cerámicas pintadas.

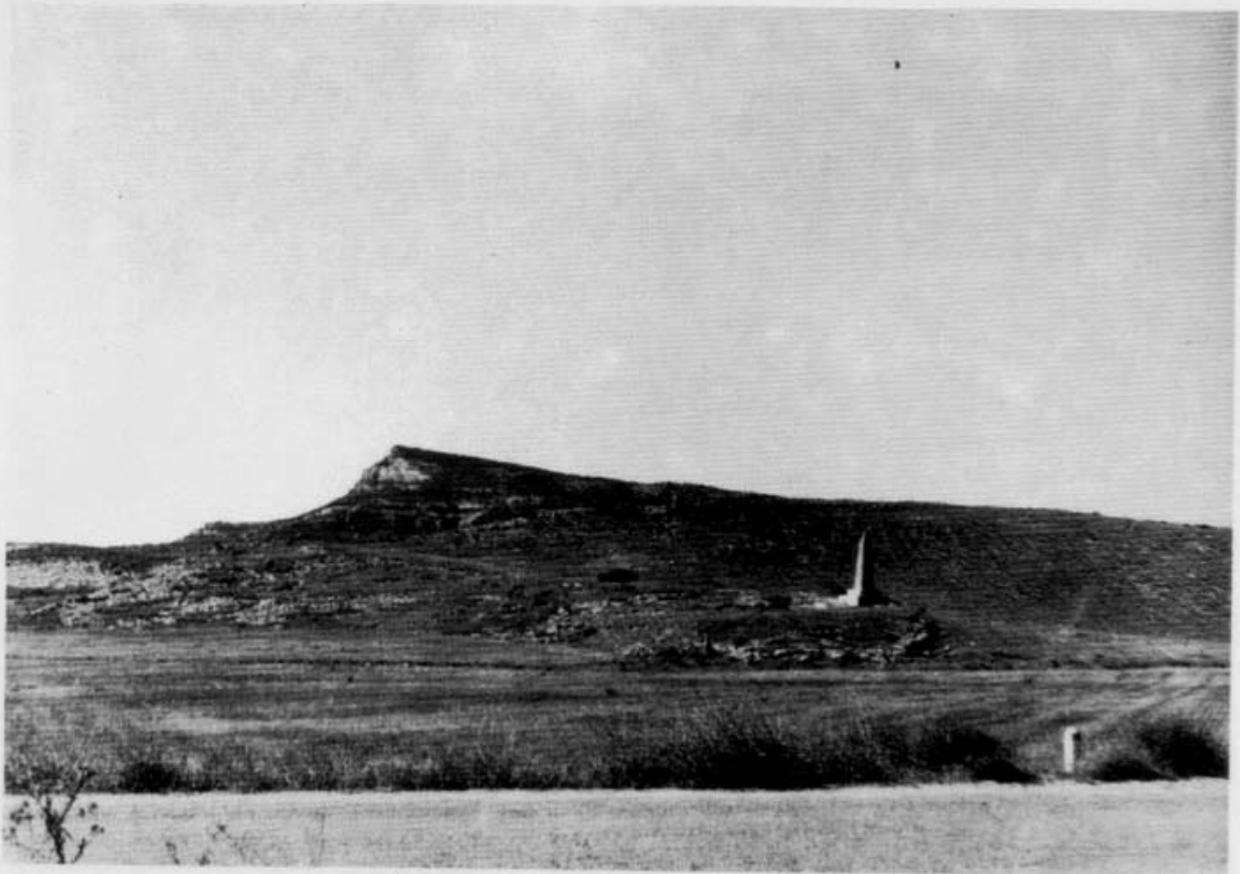


Lámina I:1. Vista general del yacimiento desde el norte. Al fondo, el monte Arábí.



2. Base del muro. Cata 4.